



UNA NUEVA ECONOMÍA PARA LA ALDEA DEL SIGLO XXI¹

Jaime Izquierdo Vallina

Comisionado del Gobierno de Asturias para el Reto Demográfico

Resumen

Este artículo reflexiona sobre las «aldeas», pequeñas estructuras urbanas diseminadas por el territorio rural. Plantea el importante papel que pueden desempeñar en el futuro como gestoras integrales del territorio, así como productoras de paisaje, biodiversidad y alimentos singulares. Asimismo, señala el potencial de las «aldeas» como células vivas en las que descubrir nuestra capacidad de evolución como seres ecológicos. Tras una breve digresión histórica sobre las aldeas, plantea la necesidad de una política de Estado de tal modo que pueda impulsarse una «nueva economía para la aldea», adecuada a las exigencias y oportunidades que se abren en la sociedad contemporánea para estos pequeños núcleos urbanos rurales por naturaleza.

Abstract

This article is a reflection on hamlets and villages, those small settlements scattered over rural territories. It addresses the important role they can play in the future as comprehensive land managers, as well as producers of landscapes, biodiversity and singular foods. Also discussed is the potential of villages as living cells in which we can discover our evolutionary capacity as ecological beings. After a brief historical aside on villages, the article raises the need for a national policy to promote «a new village economy» that is up to the demands and opportunities arising in contemporary society for these small rural population centres.

1. Introducción

El diccionario de la Real Academia de la Lengua define la aldea como «pueblo de escaso vecindario y, por lo común, sin jurisdicción propia». Más allá de esta breve definición y de un imaginario común y tópico, y hasta despectivo, poco sabemos de la historia de las estables y ricas culturas locales generadas por las comunidades campesinas que fundaron las aldeas y las gestionaron, en muchos casos, durante milenios. Y mucho menos sabemos sobre el importante papel que estas pequeñas estructuras urbanas diseminadas por el territorio rural pueden jugar en el futuro como gestoras integrales del medioambiente, como productoras de paisaje, biodiversidad y alimentos singulares.

En los albores de una nueva civilización, la aldea es, de un lado, una «especie» —en términos de tipo de poblamiento— en peligro de extinción y, de otro, un escenario potencial y alternativo a la ciudad —y en muchos aspectos complementario— donde ensayar una nueva forma de vida que nos permita recuperar nuestra condición de *seres humanos* que, en puridad etimológica, nos define como los seres de la tierra, del suelo, del humus.

¹ Un tratamiento más detallado y extenso del tema que aborda este artículo puede encontrarse en Izquierdo Vallina (2019).

2. Breve historia de la aldea

Nacida hace varios miles de años, en los albores de la Revolución Neolítica y al tiempo que aprendimos a cultivar las primeras semillas y domesticar animales, la aldea se convirtió en el primer experimento urbano de la humanidad. Fue además el primer germen, la unidad elemental, previa e indispensable para el nacimiento de la ciudad tal como la conocemos en la actualidad.

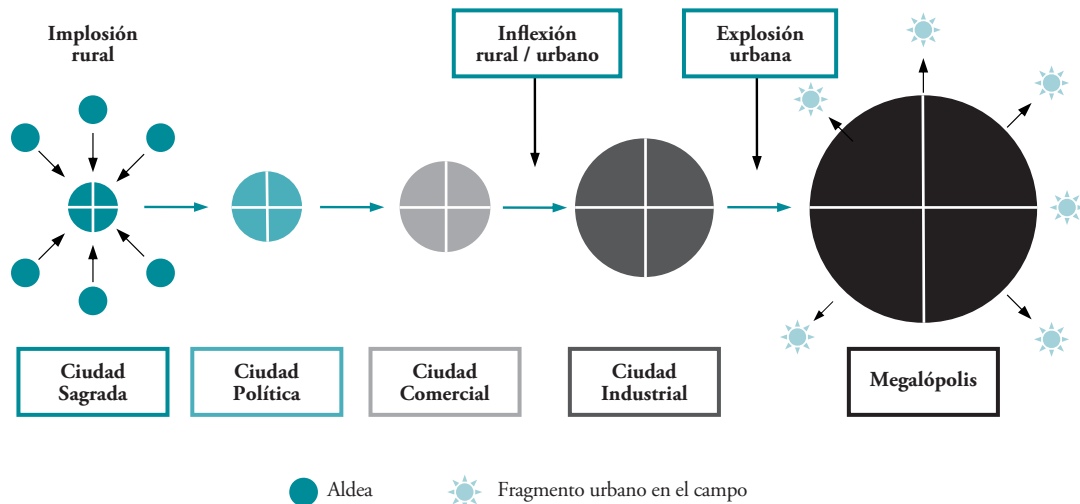
Es y sigue siendo la primera célula urbana y «una forma ancestral de ciudad», que surge como «instrumento colectivo resultado de la nueva economía agraria» y cuyo asentamiento no solo no crea ninguna «perturbación importante en el entorno natural», sino que la relación con este «puede ser beneficiosa para la formación del suelo, llegando a incrementar su productividad natural» (Mumford, 2005; p. 504). Precisamente en rehabilitar esta original virtud de gestora funcional, genuina y beneficiosa de la naturaleza, es en donde basaremos uno de los argumentos esenciales de nuestro artículo, a saber: justificar la necesidad de restituir a la aldea como protagonista de la sociedad rural posindustrial.

La aldea no es una estructura aislada y descontextualizada del territorio. No lo es por lo que acabamos de decir —está vinculada a un territorio natural con el que interactúa para conseguir los recursos que precisa— y no lo es porque a lo largo de la historia se relacionó con la ciudad de diferentes formas, pero siempre como proveedora de alimentos, de recursos humanos y de diversos materiales extraídos en su entorno.

Así pues, la aldea y la ciudad caminaron parejas y se relacionaron hasta el advenimiento de la Revolución Industrial, a cuyo final asistimos en estos tiempos de transición y búsqueda de un nuevo paradigma. En cualquier caso, conviene aclarar que la ciudad la inventaron las aldeas, bien por transformación evolutiva o bien por designación y fundación de un nuevo espacio de relación entre aldeas, que inicialmente tuvo una orientación religiosa como lugar de culto y comunicación con el cosmos (Chueca Goitia, 1987; pp. 32-33).

En la Figura 1 se representa la evolución de la ciudad a partir de la aldea. De su observación cabe concluir que la ciudad nació el día que las aldeas acordaron buscar un lugar donde reunirse. En el lugar elegido inició su periplo la ciudad, que luego, mucho tiempo después, se separó de sus creadoras y se dejó seducir por el capital y la industria, que le dieron muy mala vida. El futuro de la ciudad debería plantearse ahora como un ejercicio de reencuentro con sus orígenes, como un cierto regreso a casa, más que como una huida hacia adelante a lomos de las nuevas tecnologías.

Figura 1. Evolución histórica de la ciudad



Fuente: Jaime Izquierdo Vallina (2019).

De la misma manera que atribuimos a la ciudad la creación de grandes conceptos como *política*, *ciudadano* o *democracia* —lo cual no quiere decir que, a su manera y a su escala, con más práctica que teoría, esos conceptos no estuvieran también presentes en la aldea—, deberíamos atribuirle a la aldea el descubrimiento de la fórmula que hizo posible que la humanidad aprendiese a relacionarse con la naturaleza. La aldea tiene una larguísima historia y tiene aún más futuro si somos capaces de mirarla con una óptica retroprogresiva, por el parabrisas y por el retrovisor, y con el microscopio (para entender su dinámica interna) y el telescopio (para insertarla en la perspectiva cosmopolita).

Necesitamos fomentar una nueva mirada, inédita, futurista en lo tecnológico y revisionista en lo tocante a su organización ecosocial, a su cultura de la tierra y el territorio y a su función —eminentemente agroecológica en la forma de producir, y ecosistémica en su forma de organización—, pues la aldea encierra en su concepción muchos de los principios activos que la humanidad necesita para salir de su laberinto. No en vano, podríamos definir la aldea como una estructura urbana pensada y diseñada para gestionar un ecosistema, inicialmente natural, que, con la introducción de la información y la cultura humana, se convirtió en un agroecosistema más diverso y complejo que el original. La aldea es una protociudad, una pequeña estructura urbana, que establece con la naturaleza una relación simbiótica, efectiva y afectiva, pero que necesita una rehabilitación, actualización y «rehabilitación».

3. Una política de Estado para la aldea; una política de aldea para el Estado

La situación actual de la aldea se sitúa entre el drama y la tragedia. Por una parte, desde la ciudad no hemos tomado todavía conciencia de la gravedad y de las consecuencias de la extinción aldeana en ciernes y, por otra, los aldeanos han perdido, o les hemos hecho perder, la conciencia de serlo, sus señas de identidad, sus instituciones de gobierno, sus mecanismos de cohesión social, los conocimientos que vinculaban a la comunidad con la tierra, y las razones y el gusto por querer vivir en la aldea. Los aldeanos de hoy se han quedado en tierra de nadie: ni tienen la impronta cultural de sus antepasados, ni pueden aspirar a ingresar —ni falta que hace— en las élites urbanas. Tampoco hemos encontrado, por ahora, el camino de regreso a la aldea como opción de futuro y modo de vida atractivo, aunque ya asoman en el escenario una pléyade de iniciativas aldeanas de transición que deberíamos observar con detalle.

La cuestión del despoblamiento rural es un problema esencialmente «celular», que tendrá solución si se aborda desde un enfoque experimental de regeneración y terapia celular o, en este caso y lo que es lo mismo, de regeneración aldeana, y se plantea desde una intención política que se apoye en nuevas herramientas conceptuales.

Mientras la aldea estuvo activa y desarrollaba su función, el mundo rural estaba vivo y poblado. Eso ocurrió desde el origen del Neolítico hasta, más o menos, la generalización del desarrollo urbano-industrial. Por eso, si activamos y reorganizamos de forma actualizada esas células, ahora durmientes, volveremos a tener pobladas las aldeas con los contingentes organizados, necesarios y suficientes —no hace falta, ni por asomo, que sean como los que se dieron a principios del siglo XX—. De ese modo, podrán cumplir la función que, por naturaleza, les corresponde, y, al hacerlo, podrán generar atractivo y bienestar suficiente para sus pobladores, además de beneficios para la sociedad en general.

Pero la solución, además de compleja —los problemas complejos no se resuelven con soluciones simples y parciales—, ha de ser también coral, dirigida a restituir una nueva profesión, basada en el rescate —y la actualización tecnológica— del conocimiento holístico del campesino, una profesión que reorganice a la comunidad aldeana y que restaure y rehabilite su complejo agroecosistema ahora perdido.

No debemos olvidar que la aldea ha tenido siempre una función determinada por la biogeografía local, y ha estado siempre inserta en un territorio, con el que interactúa en un proceso de adaptación y condicionamiento mutuo. Para ello tuvo que diseñar sus propias tecnologías y sus propias normas, que facilitaron esa adaptación mutua y condicionada entre comunidad vecinal y entorno social, entre naturaleza y cultura.

Su determinismo territorial y biogeográfico hace que la aldea esté estrechamente más vinculada al entorno que la acoge, que a las civilizaciones exteriores que la empujan, la explotan o la arrinconan, y con las que, por lo general y como ocurre actualmente con la civilización industrial o urbanocéntrica, no se entiende. Ese determinismo también hace que la aldea esté

influida por las circunstancias y vocación del territorio, factores estos que marcarán el diseño de la institucionalidad y las normas sociales de la comunidad local —con sus principios y límites—. Son normas que se conciben precisa y exclusivamente para cada lugar, y no para otro, creando con ello una altísima diversidad institucional, como nos recuerda Elinor Ostrom (2013). La aldea es tanto consecuencia de la naturaleza, como la naturaleza es consecuencia de la aldea.

El futuro de la aldea pasa, en primer lugar, por adquirir una nueva visión con la «perspectiva técnica y la perspectiva histórica necesaria para promover una economía más a la medida del hombre» y su entorno ecológico. Y, en segundo lugar, pasa por dejar de estar aferrados en términos políticos, sociales y económicos, a una mala copia de los modelos de «organización en masa centralizada para la producción» (Mumford, 2012; p. 561). Y esa nueva visión ha de ser necesariamente posindustrial. Conocemos bien, a través de la historia, la geografía, la economía, la antropología o la etnografía, cómo era la aldea y cómo desarrollaba su función territorial en el pasado preindustrial. Sabemos, gracias a esas mismas fuentes, cómo fue y qué le sucedió a la aldea durante el periodo de la modernización industrial hasta llegar al actual descalabro.

Por tanto, la propuesta que, a modo de hipótesis, se plantea en estas páginas es la de visualizar y diseñar una nueva función para la *aldea postindustrial*, una aldea que, necesariamente, ha de ser distinta de la preindustrial y la industrial, aunque rehabilite, adapte o actualice algunos de los elementos y principios del pasado. Entre esos elementos a rehabilitar y aprovechar con la debida adaptación por la nueva aldea postindustrial, está, sin duda, el conocimiento local histórico sobre la gestión de los agroecosistemas, pero también el modelo de organización social que se dio en las comunidades locales durante el periodo preindustrial, así como aquellas mejoras tecnológicas y mecánicas que restaron penalidad física al trabajo en el campo durante la industrialización.

Hoy tenemos la obligación moral y política de restañar el maltrato histórico que sufrió la aldea en el siglo XX. El autoritarismo estatal del franquismo acabó por imponerse a las lógicas aldeanas, provocando su aniquilación y la ruptura definitiva entre la ciudad y el campo. Pero en todo caso, no podemos seguir añorando a los paisanos de antes, aquellos aldeanos que vivieron la aldea preindustrial organizada en comunidad y a los que debemos los paisajes y las pequeñas culturas de país. Esos a los que tanto debemos, se han muerto, no están. Honremos su memoria alentando y preparando una inédita generación de *nuevos aldeanos* cosmopolitas que sepan, además de lo que sabían los paisanos, otras cosas, que tengan otras experiencias y culturas, pero, sobre todo, que estén preparados y dispuestos a actualizar y rehabilitar el conocimiento, el saber-hacer y el saber-estar de los antiguos aldeanos. Y para ello, para ese renacimiento aldeano, necesitamos un proyecto político innovador. Necesitamos una política de Estado —o regional— que apueste por ello. Devolverle a la aldea sus funciones como gestora de los más genuinos territorios rurales, ahora abandonados, requiere una decidida política de Estado que aborde reformas y desarrolle incentivos y proyectos orientados a lo que podríamos denominar la «re-vuelta»² al campo.

² Entendida en un doble sentido: en el de regreso al campo y en el propiciar cambios cuasi revolucionarios, aunque en realidad sean reformas estructurales.

La aldea, en su nueva y todavía inédita versión posindustrial, debe ser entendida como un asentamiento urbano, de pequeño tamaño, compacto, diseñado para actuar como regulador local de las relaciones orgánicas, energéticas y genéticas entre la comunidad humana residente y la naturaleza. También debe estar dotada de autocapacidades de organización, así como de tecnologías de alto rendimiento y sistemas de regulación y transmisión informacional, que utilicen preferentemente energías locales y renovables. Además, lógicamente, debe disponer de conexión telemática que le permita estar en contacto con el resto del mundo y acceder a servicios públicos de calidad. Y, sobre todo, debe ser un lugar deseable y atractivo para vivir, para el ocio y el trabajo, para la convivencia y la creatividad.

Por eso, o creamos desde la política un espacio de respeto, estímulo y oportunidades para las aldeas, o no habrá futuro para los más bellos paisajes y agroecosistemas de nuestro país. Esa es la cuestión.

4. Un nuevo modelo de desarrollo local para la aldea del siglo XXI

Las aproximaciones conceptuales, teóricas y prácticas sobre el desarrollo local no fueron capaces de generar un espacio propio de reflexión para la aldea como estructura urbana singular. Una estructura tan distinta de la ciudad, de la villa y de la industria, que hubiera requerido una propuesta socioeconómica también singular, original y propia a la altura de su peculiaridad.

La razón estriba en tres hechos que marcan radicalmente la diferencia entre, de un lado, la economía de la aldea y, de otro, la de la ciudad industrial o de economía de servicios. El primero es que la base productiva de la aldea es orgánica, biológica y natural, y, por tanto, vinculada a la tierra, mientras que la ciudad tiene una base productiva inorgánica, fabril o comercial, y, por ello, desvinculada de la tierra y vinculada a las transacciones mercantiles entre distintos operadores. El segundo hecho es que la aldea³ practicó durante siglos —desde el origen de los tiempos hasta el advenimiento de la industrialización— una economía que, sin descartar la economía privada, se fundamentaba en el aprovechamiento de bienes comunales⁴, con una concepción escasamente monetarizada. Y el tercer hecho es que los campesinos no fueron propietarios de las tierras hasta muy recientemente⁵, por lo que trabajaban para propietarios rentistas, nobles e hidalgos de las casas grandes y estaban sometidos a condiciones de vida que, por lo general, se mantenían en régimen de supervivencia. Cuando las familias campesinas empezaron a convertirse en pequeños propietarios de la tierra, la economía ya había empezado a cambiar, empujada por el tráfico ultramarino y la organización industrial, de manera que el

³ Al menos en las aldeas asturianas y gallegas del interior montañoso —que corresponden con los territorios de alto valor natural—, la superficie de propiedad comunal es muy superior al de las propiedades privadas. La economía alrededor de los bienes comunales entró en declive a partir del triunfo de la economía industrial.

⁴ Las economías de los bienes comunales y las economías vinculadas a la gestión de los recursos renovables locales han sido bien estudiadas por Elinor Ostrom y José Manuel Naredo.

⁵ El historiador Ramón Villares (2019) recoge en su libro *Galicia. Una nación entre dos mundos* esta circunstancia de cambio de la propiedad de la tierra de las casas nobles e hidalgos a favor de las casas de los campesinos a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, una circunstancia que se da en Galicia y en otras zonas del norte peninsular.

factor principal de producción dejó de ser la tierra para ser el comercio colonial, primero, o el negocio urbanístico y la fábrica, después.

En los albores de la ciudad industrial finisecular del XIX, muchos de los antiguos rentistas que habían acumulado capital a partir del trabajo campesino durante el largo periodo preindustrial, se convirtieron en los principales propietarios de las nuevas economías vinculadas al comercio, las minas y las fábricas, a las que de nuevo —paradojas de la vida— llegaron a trabajar los antiguos campesinos, reconvertidos ahora en obreros, criados o empleados del servicio. Y la aldea se vació.

Para colmo —todo es susceptible de empeorar—, y después de los abusos y falta de visión del Estado, que impulsó, a partir de los años cincuenta del pasado siglo XX, una política forestal «productivista», hegemónica e intensiva en los bienes comunales de la aldea —a la que ya hemos hecho referencia—, aparecieron por los pagos de las aldeas, ya en democracia y a partir de la década de 1980, los promotores de una política forestal «conservacionista». Eran portadores de una política de signo contrario a la productivista, pero también como la anterior, corporativa, intervencionista, externa, intensiva y ajena a la cultura del territorio.

Por las aldeas, que habían iniciado su proceso de despoblamiento décadas atrás, aparecieron los técnicos y científicos conservacionistas especializados en flora y fauna salvaje, imponiendo un nuevo paradigma. Para ello lo primero que hicieron fue cambiar los nombres, y a los metaestables agroecosistemas creados por las comunidades campesinas a lo largo de los siglos les denominaron «espacios naturales» —en lugar de denominarlos en puridad como lo que son: territorios de naturaleza campesina y, por tanto, paisajes culturales que habían entrado en deriva ecológica por falta de manejo—. Sin conocer ni reconocer el valor de la cultura campesina en la generación y mantenimiento de los ecosistemas, propusieron y armaron leyes y reglamentos «de protección de la naturaleza» al margen de la historia ecosocial del territorio, e ignorantes de que la economía campesina, bien regulada, resulta un aliado excelente para conservar la naturaleza y la topobiodiversidad.

Los partidos políticos a través de los parlamentos y gobiernos abrazaron esta nueva ideología conservacionista por medio de los conocidos como «planes de ordenación de los recursos naturales» y demás legislación concurrente. Y así, los destartados territorios del campesinado se verían sometidos desde entonces a un control preferentemente burocrático —las más de las veces corporativo y científico reduccionista—, que ignoraría la existencia de una relación previa —y exitosa en la mayoría de los casos— entre los seres humanos —organizados en pequeñas comunidades aldeanas dispersas por el territorio rural— y el medioambiente.

La larga historia campesina del país quedó definitivamente oculta en aras de una mal entendida modernidad conservacionista, alentada desde la ciudad y sus resortes de poder. Desde entonces al campo de toda la vida, obra singular y secular del campesinado, se le empezó a llamar «naturaleza»⁶.

⁶ En Izquierdo Vallina (2013) se desarrolla sintéticamente la tesis sobre el papel determinante de las distintas culturas campesinas locales en la conservación de la naturaleza tanto doméstica como silvestre.

El resultado final de la incursión conservacionista urbana y *biocrática*⁷ en las tierras de los campesinos contribuyó decididamente a la erosión de la memoria cultural y campesina del territorio. Su huella tiende a desaparecer y aparece en su lugar una nueva «toponimia», que llena el medio rural más frágil y desprotegido del país —a pesar de que paradójicamente los boletines oficiales y las leyes se refieran a ellos como «protegidos»— de señales y nuevos nombres, que anteceden (reserva natural, parque natural, parque nacional, reserva integral, reserva integral parcial...) al nombre genuino del lugar (Somiedo, Muniellos, Antequera, Ancares...) y en el que prima la condición de la nueva etiqueta por encima de la larga historia del lugar.

Somiedo, los Ancares o los Picos de Europa, no son importantes porque sean espacios etiquetados por la legislación como parque nacional, parque natural o espacio protegido, sino porque son territorios cultos que acumularon a lo largo del tiempo una valiosísima información sobre su forma de manejo más pertinente. Y también porque en esos territorios las comunidades campesinas preindustriales construyeron una forma de vida cuyo conocimiento vamos a necesitar como inspiración para construir una nueva forma de vida y una nueva economía campesina ecosocial, digna y atractiva para el siglo XXI.

En resumen, la perspectiva urbana e industrial fue completando, por activa o por pasiva y a lo largo del siglo XX, su periplo de desconsideraciones hacia los territorios de naturaleza, cultura y economía campesina. El resultado final es una ordenación prototípica y tácita que segregó el territorio en dos grandes categorías: *zonas para la producción* —ciudades, áreas industriales y campos de producción agraria intensificada— y *zonas para la conservación*, entendida estas con un sesgo de tutela administrativa y con una regulación en la que primó antes la *limitación* de actividades económicas, que su *integración* o su *fomento* como actividades esenciales para la conservación de los ecosistemas y los agroecosistemas históricos.

Por desgracia, la desmemoria sobre la cultura campesina y la desconsideración del valor que tiene como recurso para el futuro no han terminado, continuando vigentes en estas primeras décadas del siglo XXI a través de determinados intentos de regeneración promovidos desde el exterior, y que no son capaces de enlazar la historia de la aldea con su porvenir. Aún no hemos sido capaces de reconocer que conceptos tales como economía circular, biotecnología, conservación de la biodiversidad, retención del carbono en el suelo, conservación de la naturaleza, fertilización orgánica, agricultura ecológica...⁸, habían sido puestos en práctica por las comunidades campesinas durante siglos y mucho antes de que se nos ocurriera recientemente ofrecerlos como «novedad» en los documentos oficiales, desde la UE a las CC. AA., pasando por la administración central del Estado.

⁷ El concepto de *biocracia* define un tipo de actitud tecnocrática por el que una corporación bien asentada en la investigación científica especializada, e influyente en la política y la administración pública, pretende el control del territorio histórico de los campesinos por medio de su mera especialidad académica, la propaganda idealizada de sus «nobles» intenciones dirigida a la sociedad urbana —la conservación de la naturaleza y la defensa de determinados iconos de la fauna— y su influencia en la redacción y promulgación de leyes y normas con las que consiguen hacer legítimas sus visiones y aspiraciones. Este concepto fue desarrollado por Izquierdo y Barrena (2006; pp. 292-295).

⁸ A muchos de estos conceptos ya habían llegado las comunidades campesinas empíricamente a través de depurados mecanismos de prueba y error, que dieron lugar a complejos sistemas locales de conocimiento que carecen de registros escritos, pues su transmisión se producía de forma oral.

De nuevo, volvemos a hacer caso omiso a la proverbial inteligencia campesina histórica al hablar ahora de las *smart villages* —aldeas inteligentes— sin reconocer, y verbalizar, que las aldeas eran en su origen inteligentes, y que fue la forma de entender el progreso promovida desde la perspectiva industrial la que las llevó al fracaso. No es que las aldeas hubieran dejado de ser inteligentes. No, no es eso. Fue la ciudad, y sus estamentos de poder, la que no entendió su lógica, su inteligencia y la trascendencia que tuvo la economía campesina en la gestión sostenible del territorio y la conformación de los ecosistemas y de los paisajes agrarios, algunos de ellos de una extraordinaria importancia como los sistemas adeshados, las huertas del Levante o los agroecosistemas de pastoreo de montaña.

Una de las razones que explican esta falta de consideración hacia la aldea estriba en que la idea de progreso se asoció, por lo general, a «la industria, la ciencia y la técnica» y, por extensión, a la ciudad como aglutinante. En cambio, la «agricultura se ha asociado al pasado, y pocos progresistas han visto con malos ojos la emigración del campo a la ciudad» quedando el campo asociado a una idea estereotipada de atraso, con la que algunos visionarios, como Ildefonso Cerdá, no estaban de acuerdo (Soria y Puig, 1979).

En los planteamientos actuales, el desarrollo de la aldea del siglo XXI no precisa tanto de un plan magistral hecho por un individuo o un equipo, apelando para justificar su elaboración y posterior aplicación a la experiencia o la autoridad académica de la autoría. Lo que realmente precisa es que dicho plan sea promovido por la comunidad local y elaborado en una conjunción equilibrada de saberes: conocimiento local, cultura del territorio, ciencia, técnica y tecnología. La idea de fondo es que el plan sea querido, hecho propio, aceptado e impulsado por la comunidad⁹.

Por todo ello, y como advertimos al inicio de este apartado, los modelos de desarrollo local para la aldea no son los mismos que se proponen para los entornos urbanos o industriales. Y por ello necesitamos un ajuste más fino y una aproximación muy pegada a la tierra, a la propiedad, a la iniciativa vecinal y a la comunidad local organizada.

Como punto de partida podemos apoyarnos en una suerte de lo que Vázquez Barquero (1993; pp. 205-206) denomina «formación de complejos productivos territoriales». En el caso de la aldea, este concepto se traduce en la creación de un nuevo sistema económico local, genuino, inédito, y netamente posindustrial, diseñado para el ámbito territorial de la aldea. En el siguiente apartado ampliaremos con detalle este modelo de desarrollo local para la aldea, que, en todo caso y de forma general, se apoya en una adaptación del modelo genérico propuesto por Coccus (1991), que señala los «factores críticos para el éxito del desarrollo estratégico de una región o ciudad» (Vázquez Barquero, 1993; pp. 227-229).

⁹ Como ejemplo de esta perspectiva, puede consultarse el documento elaborado en la aldea de Moal (Asturias) titulado «*El sistema agroecológico local (SAL) de Moal: ordenación, planificación y gestión comunitaria del terrazgo y el monte de y desde una aldea asturiana*», Moal-Oviedo, enero 2021. Disponible en: http://www.altonarcamuniellos.org/imagenes/Documentos/368_SIAL_Moal.pdf

5. Una nueva economía para la aldea del siglo XXI

Dice el ya citado historiador gallego Ramón Villares que la identidad es un «contrapunto necesario a la globalización o desterritorialización que caracteriza a la sociedad actual» (Villares, 2019; p. 15). Estoy de acuerdo. Y la aldea puede servir de antídoto a ambas tendencias —globalización y desterritorialización— a través de la recuperación de su identidad y de su capacidad para convertirse literalmente en una «entidad singular de población». Puede ser una entidad que ponga freno a la globalización por medio de una estrategia económica y ecosocial propia que apueste por la «localización», y que frene también la desterritorialización por medio de una nueva «territorialización» de su sistema productivo ahora abandonado, o pervertido, por las influencias intensificadoras, concentradoras y de monocultivo propias del pensamiento industrial.

Para ello se debería, entre otras cosas, reactivar la producción agroecológica local, lo que le permitiría a la aldea tener un proyecto propio y retomar la conexión telúrica que caracterizó históricamente al campesinado y que ahora ha de servir también para una nueva generación de campesinos del siglo XXI. En una inteligente y renovada visión del pasado, con sus éxitos y fracasos, ha de encontrar la aldea del porvenir algunas de las claves y de los principios para proyectarse con acierto hacia el futuro.

5.1. Características de la economía de la aldea posindustrial

En la historia reciente de la economía, el «mecanicismo industrial», que sustituyó al histórico «organicismo» —visión orgánica— de la economía aldeana, se convirtió en la única vía de progreso. Las aldeas, pasado el tiempo de la perspectiva industrial como pensamiento único, tienen ahora una buena oportunidad: volver a recuperar sus principios orgánicos y retomar la estrategia de «imitación de la naturaleza», que llevan en su ADN, en lugar de seguir la opción industrial de «explotación de la naturaleza». Si lo hacen se situarán en la vanguardia del nuevo pensamiento combinado de ecología y economía local. La reconciliación de la aldea con el entorno «exige revisar los modos que en su día originaron el divorcio, a fin de corregirlos ahora». Los principios económicos históricos de la aldea son los propios de la «economía de la naturaleza», vigentes desde el origen de los tiempos hasta el triunfo de la industrialización y su «economía del capital» (Naredo y Parra, 2000; pp. 13-14)

Antes de entrar en la caracterización de la Nueva Economía para la Aldea (NEA), queremos llamar la atención sobre cuatro hechos de interés para el devenir de la aldea.

- a) Más allá de las variantes locales, los principios de la economía campesina preindustrial eran universales, es decir, similares en todas las comunidades campesinas del mundo. Por tanto, la formulación que le demos a la NEA debe ser concebida para ser replicable, con las adaptaciones necesarias, en cualquier aldea que aspire a dar una nueva dimensión a la economía campesina.

- b) La formulación de la NEA que aquí se plantea es una hipótesis. La idea de fondo es, por una parte, argumentar y reflexionar para crear un cuerpo teórico sólido y, por otra, proponer la aplicación de la teoría en algunas aldeas a modo de «prototipo», laboratorio vivo y escenario de ensayo y experimentación. Si los resultados son concluyentes y positivos estaremos en disposición de activar, por efecto demostrativo, a otras aldeas paradas en la historia —células durmientes—, para que «cumplan la función que por naturaleza les corresponde y para que, al hacerlo, generen atractivo y bienestar suficiente para sus pobladores y beneficios para la sociedad en general» (Izquierdo Vallina, 2019; pp. 221-222).
- c) En caso de que la aldea que lleve a cabo un proceso de desarrollo local basado en los planteamientos de la NEA funcione, sus resultados podrían ser transferidos a otras aldeas. De este modo, la aldea se convertiría en un centro de transferencia de conocimiento y en una escuela de economía local para otras aldeas.
- d) Las cuatro facetas esenciales a las que se refiere Theodor Shanin (1976), y que caracterizaron a la economía campesina preindustrial, deben ser reconsideradas en la formulación de la NEA de la sociedad posindustrial. En la Tabla 1 se sintetizan las principales diferencias entre las facetas de la aldea pre y posindustrial.

Tabla 1. Diferencias entre la aldea preindustrial y la posindustrial

Facetas esenciales de la economía campesina preindustrial	Facetas esenciales de la economía campesina posindustrial
La familia como unidad productiva	La pequeña empresa y la cooperativa vecinal como unidades productivas
La agricultura como actividad económica	La agroecología, la energía y la diversificación productiva como actividades económicas integradas
La cultura local como referente único	La cultura local y la integración de las nuevas culturas como referentes
La subordinación a los intereses económicos externos de los propietarios de las tierras	La organización de los vecinos como propietarios de las tierras para hacer viables los comunales y el minifundismo

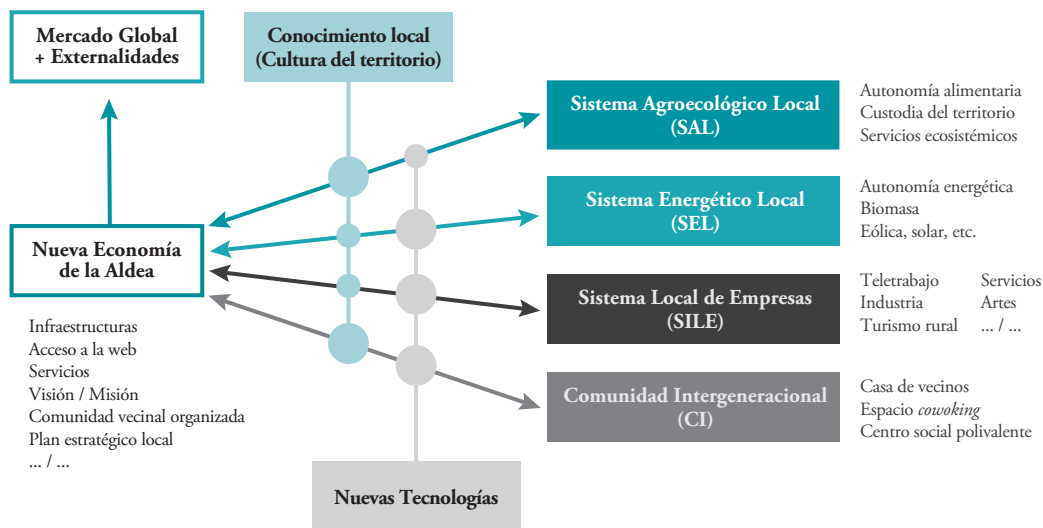
Fuente: *Elaboración propia.*

5.2. Elementos de la Nueva Economía para la Aldea

En la Figura 2 se resume el planteamiento general de la NEA. Como requisito previo y como cimiento de su nueva economía, la aldea debería disponer de un conjunto de infraestructuras y servicios de naturaleza preferentemente pública (accesos rodados, acceso a Internet, servicios sociales, educativos, sanitarios...). También y de forma imprescindible, debe tener una organización local de naturaleza asociativa y/o colaborativa vecinal, comprometida con el bien común y capaz de tomar la iniciativa y de asumir compromisos para abordar un proceso de desarrollo comunitario y estratégico que le permita visualizar el futuro y trabajar por su

consecución. Es decir, la aldea necesita, además de servicios, equipamientos e infraestructuras públicas, una comunidad activa con *visión* estratégica para diseñar el futuro que quiere y desplegar la *misión* para alcanzar los objetivos a los que aspira.

Figura 2. Economía y comunidad social en la aldea del siglo XXI



Fuente: Jaime Izquierdo Vallina (2021).

Desde el punto de vista económico los tres sistemas que se concitan en la aldea del siglo XXI son los siguientes:

- 1) El *Sistema Agroecológico Local (SAL)*, sin cuya activación la aldea no es tal, sino una mera urbanización. La puesta en marcha de este sistema sirve para producir alimentos, custodiar el funcionamiento del agroecosistema y dar estabilidad al paisaje. El SAL es imprescindible para la economía de la aldea, aunque insuficiente si no se complementa con el Sistema Energético Local (SEL) y el Sistema Local de Empresas (SILE).
- 2) El *Sistema Energético Local (SEL)*, basado en las energías renovables locales. Su activación tiene como objetivo abaratar el coste de la energía y disminuir la dependencia energética, además de situar a la aldea en la vanguardia de lucha contra los efectos del cambio climático.
- 3) El *Sistema Local de Empresas (SILE)*, formado por emprendedores locales o bien por nuevos residentes (teletrabajadores, nómadas digitales, artistas, pequeños empresarios de turismo y hostelería...) que trabajan desde la aldea y que pueden estar conectados con el resto del mundo.

Desde el punto de vista social, es deseable y posible que, con la rehabilitación económica, se vaya conformando en la aldea una nueva *Comunidad Intergeneracional (CI)*. La idea que

proponemos es que la aldea sea un lugar en el que sea viable y satisfactorio completar el ciclo vital completo. En el pasado, y antes de la ruptura provocada por la Revolución Industrial y la preferencia por la vida urbana, era un hecho que la comunidad y la familia atendían a los miembros de la aldea en todas las fases de la vida, y cada uno de los vecinos desarrollaba una función y recibía unos cuidados, a tenor de su edad. No se trata de reproducir ahora aquella forma de convivencia, pero sí de inspirarse en ella para diseñar un espacio abierto de relaciones sociales, en el que satisfacer las necesidades humanas en cualquiera de las fases de la vida. Es decir, una comunidad abierta al mundo que cultive la solidaridad entre generaciones.

Por último, cabe señalar que los tres sistemas en los que se apoya la Nueva Economía de la Aldea: SAL, SEL y SILE, y la deseable comunidad intergeneracional (CI), se activan por medio de la tecnología disponible y de los principios agroecológicos. También se activan mediante nuevas formas de organización social, que proceden o bien del conocimiento local actualizado (*cultura del territorio*) o bien de las nuevas tecnologías que acaban de llegar a la aldea» Estas últimas, teniendo un claro carácter instrumental, se convierten en un activo necesario, pero no suficiente, para dinamizar la aldea del porvenir, ya que la cultura local tiene que seguir siendo el primer referente para singularizar e identificar a la aldea en el mundo.

Como se puede observar en el esquema anterior, los nodos de intersección de la «Cultura del Territorio» y las «Nuevas Tecnologías» con los sistemas locales y la comunidad intergeneracional, tienen diferente tamaño para indicar con ello la diferente relevancia de ambos. Así, para activar el SAL (sistema agroecológico local), la cultura del territorio tiene mayor incidencia que las nuevas tecnologías. En cambio, para activar el SEL (sistema de energía local) y el SILE (sistema local de empresas) son las nuevas tecnologías el desencadenante y activo principal. Para activar la comunidad intergeneracional (CI) son tanto la cultura del territorio —que dio pruebas inequívocas en el pasado de influir para crear comunidades locales muy bien estructuradas y cohesionadas—, como las nuevas tecnologías —que facilitan la vida en la aldea y le permiten conectarse con el resto del mundo— las que deben activarse casi por igual para conseguir dos objetivos: que la comunidad intergeneracional (niños, jóvenes, adultos y ancianos) esté vertebrada y cohesionada, y que esté conectada con el territorio como comunidad ecosocial.

La aldea del futuro deberá apoyarse tanto en la empresa privada, como en la economía cooperativa¹⁰ o colaborativa. El cooperativismo es pertinente en el caso de aldeas con propiedades comunales o con gran número de propiedades parceladas en minifundios y en proceso de abandono, donde determinadas tareas no pueden ser realizadas desde la perspectiva individual. En estos casos, el concurso de una cooperativa vecinal será una buena opción para aprovechar íntegramente los recursos naturales y mantener activos los procesos agroecológicos del territorio. La perspectiva cooperativa es en esos casos fundamental para explotar el SAL y el SEL, pues las funciones de custodia del territorio y de prestación de servicios ecosistémicos así lo van a requerir.

¹⁰ La propuesta de creación de una cooperativa vecinal encargada de la gestión conjunta de las tierras baldías, los comunales y los procesos agroecológicos de la aldea, fue conceptualizada de forma genérica y teórica dentro de la categoría de «corporación comunal de economía social campesina» por Izquierdo Vallina (2008; p. 207) y, más detalladamente, en Izquierdo Vallina (2012; pp. 260-278) en el apartado titulado «De la cooperativa agroindustrial del siglo XX a la cooperativa agroecocampesina del XXI». Por último, se concretó su posible implementación en el informe de 15 de mayo de 2018 titulado «La gestión del medio rural en proceso de abandono mediante la activación de cooperativas de base territorial, agroecológica y campesina: cooperativas TAC», elaborado para el Gobierno del País Vasco (documento inédito).

La gran diferencia de la cooperativa vecinal que proponemos, con respecto a las otras clases de cooperativas vigentes, es, en primer lugar, que opera en el territorio en su conjunto y no sobre un sector económico concreto o una parte concreta del territorio. Y, en segundo lugar, que sus objetivos son tanto la producción primaria diversificada e integrada de alto valor añadido, como la custodia del territorio como paisaje estable, conservado y resiliente, basándose para ello en los principios de la «economía de alcance»¹¹ y la «economía de valor añadido»¹² y no tanto la «economía de escala»¹³. El policultivo, el mantenimiento del ecosistema y la *concertación parcelaria*¹⁴ para generar un paisaje en mosaico y conservar la biodiversidad, adquieren tanta importancia como la producción agropecuaria y forestal.

A diferencia de la aldea preindustrial, la aldea del siglo XXI amplía extraordinariamente con la NEA su *hinterland* económico al recuperar su SAL y crear nuevas oportunidades económicas vinculadas al SEL, el SILE y la conformación de su CI. Y a diferencia de la aldea actual, no se trata de fomentar una economía subvencionada, sino retribuida e incentivada para que cumpla funciones de interés general a través de la prestación de servicios ecológicos, y capacitada para fomentar el valor añadido de sus mejores productos agroalimentarios.

Si en el pasado, el principal referente de mercado de la aldea fue el abastecimiento alimentario de villas y ciudades, ahora, además de seguir desarrollando esa función vinculada a la alimentación, puede generar y producir servicios ecosistémicos de interés general (conservación de razas, especies, cultivos, paisaje, estructura ecosistémica, biodiversidad...), así como prevenir riesgos ambientales y, además, generar nuevas oportunidades económicas vinculadas al pensamiento, el turismo, el arte y diversos bienes y productos para un mercado global.

6. Conclusiones

En cierta medida, la organización económica, comunitaria y ecosocial de la aldea del siglo XXI, como renovada unidad de producción y convivencia cívica, se inspira en la recuperación actualizada de la lógica de la casería histórica, y que ahora podríamos entender en términos de «*casería extendida*» a través de cooperativas vecinales que operarían siguiendo el planteamiento y la organización de la casería original. No debe inspirarse, por tanto, en la especialización productiva, encarnada por la explotación agraria intensiva, segregada y en monocultivo propia del pensamiento industrial. Ese modelo de especialización que es apropiado

¹¹ La «economía de alcance» se fundamenta en el aprovechamiento mercantil conjunto e interrelacionado de los recursos naturales del lugar, así como del saber-hacer local, de los procesos agroecológicos históricos del territorio, de los «beneficios de la diversidad» y de la «alta densidad de lo complejo», entendida como la existencia en la aldea de una gran variabilidad microbiogeográfica, genética y cultural. Todo ello tiene su expresión más evidente en la diversidad de hábitats creada por la agricultura, la ganadería y la gestión del monte a lo largo de los siglos. Y esto tiene, finalmente, su expresión en el paisaje rural, la identidad, el canon, el carácter y el singular sistema alimentario local de cada aldea (Izquierdo Vallina, 2008; p. 134).

¹² La «economía de valor añadido» es la que incrementa el valor de los bienes y servicios producidos como consecuencia de introducir, durante el proceso de producción o transformación, elementos distintivos, pensados para mejorar la calidad, exclusividad o singularidad del producto final.

¹³ La «economía de escala» es la que, en el aprovechamiento de cualquier situación de producción, puede favorecer una disminución en el coste por unidad producida, y en la que, a medida que aumenta el número de unidades producidas, disminuye el precio. Es la economía propia de la intensificación industrial (Izquierdo Vallina, 2008; p. 134).

¹⁴ El concepto de «concertación parcelaria» como alternativa y contraposición a la concentración parcelaria se explica en Izquierdo Vallina (2019; pp. 158-171).

para otros ámbitos territoriales —los de la agricultura intensiva—, pero no para las aldeas de montaña y del medio rural más genuinamente campesino.

La casería extendida puede actuar también —como hizo la casa campesina en el pasado— como un centro de formación profesional continua, en el que se complementa la educación escolar oficial, y, a su vez, como un espacio para animar la vida social de la aldea en los diferentes estadios de la vida. Como ya ocurrió con la aldea histórica, la aldea del porvenir precisa de un ordenamiento basado en una reglamentación recogida en una ordenanza local actualizada —o una norma vecinal similar— y en un decidido apoyo de las administraciones públicas.

Para ello nos basamos en Elinor Ostrom, quien considera las reglas locales «como un conjunto de instrucciones para crear una situación de acción en un entorno particular». En cierto sentido, «las reglas desempeñan un papel análogo al de los genes. Los genes se combinan para construir un fenotipo. Las reglas se combinan para construir una estructura [un agroecosistema, un nuevo paisaje en la aldea] en una situación de acción» (Ostrom, 2013; pp. 52-53).

Se ha repetido hasta la saciedad que las economías preindustriales de la aldea eran de subsistencia y estaban basadas principalmente «en los intercambios ecológicos con la naturaleza, más que en los intercambios económicos con los mercados». En la actualidad, será necesario, por una parte, encontrar un camino satisfactorio de vuelta a los intercambios ecológicos con la naturaleza y, por otra, darle a la aldea una inédita y satisfactoria dimensión comercial de calidad y de prestación de servicios ecosistémicos de alto valor. Tendremos que hacerlo, de nuevo, por una razón de «subsistencia», aunque en este caso la subsistencia no sea solo de la aldea, sino de la propia humanidad (Izquierdo Vallina, 2019; p. 388).

Si en las primeras décadas del siglo XX algunos de los más significados miembros del amplio e influyente movimiento político y cultural que conocemos como *regeneracionismo*, se aplicaron en la búsqueda de una naturaleza patria y en el «aprecio por lo popular, lo tradicional, lo consuetudinario y lo regional», ahora, en la tercera década del siglo XXI, la propuesta de una Nueva Economía para la Aldea (NEA) se alinea y formula como un nuevo intento de regeneracionismo a favor de la recuperación y dignificación de las culturas campesinas de la aldea.

Hace un siglo, el «reencuentro con esa alma popular» estaba dificultada «por la costra de embrutecimiento y miseria que la escondía» y que la Institución Libre de Enseñanza trató de superar por medio de iniciativas y propuestas como las Misiones Pedagógicas de la II República (Casado de Otaola, 2010; pp. 34-35). Ahora, no es la miseria la que oculta el alma y la cultura campesina. Es la desmemoria, el olvido y la desconsideración de propios y extraños la que se interpone en el camino hacia su rehabilitación e integración actualizada en la sociedad contemporánea.

En este sentido hacemos nuestra la advertencia del ya mencionado Lewis Mumford cuando dice que las «aldeas están funcionalmente más próximas a su prototipo neolítico que a las muy organizadas metrópolis que han empezado a absorberlas hacia sus órbitas y, cada vez con más rapidez, a minar su antiguo modo de vida. Tan pronto como permitamos que la aldea desaparezca, este antiguo factor de seguridad se desvanecerá. La humanidad todavía tiene que reconocer este peligro y eludirlo» (Mumford, 2012; p. 96).

Referencias bibliográficas

- CASADO DE OTAOLA, S. (2010): *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*. Madrid, Marcial Pons Ediciones-Fundación Jorge Juan.
- CHUECA GOITIA, F. (1987): *Breve historia del urbanismo*. Madrid, Alianza Editorial; pp. 32-33.
- COCCOSSIS, H.; JANSSEN, H.; KIERS, M., Y NIJKAMP, P. (1991): *Tourism and strategic development*. Serie Research Memoranda. Facultad de Economía y Econometría de la Universidad de Amsterdam.
- IZQUIERDO VALLINA, J. (2002): *Manual para agentes de desarrollo rural: ideas y propuestas para moverse entre la conservación del patrimonio y el desarrollo local*. Madrid, Instituto de desarrollo rural del Gobierno de Asturias - Ediciones Mundiprensa.
- IZQUIERDO VALLINA, J. (2008): *Asturias, región agropolitana: las relaciones campo-ciudad en la sociedad postindustrial*. Oviedo, KRK Ediciones.
- IZQUIERDO VALLINA, J. (2012): *La casa de mi padre*. Oviedo, KRK Ediciones.
- IZQUIERDO VALLINA, J. (2013): *La conservación cultural de la naturaleza*. Oviedo, KRK Ediciones.
- IZQUIERDO VALLINA, J. (2019): *La ciudad agropolitana. La aldea cosmopolita*. Oviedo, KRK Ediciones.
- IZQUIERDO VALLINA, J. Y BARRENA, G. (2006): *Marqueses, funcionarios, políticos y pastores: crónica de un siglo de desencuentros entre naturaleza y cultura en los Picos de Europa*. Oviedo, Editorial Nobel.
- MUMFORD, L. (2005): «Historia natural de la urbanización»; en NAREDO, J. M. y GUTIÉRREZ, L., eds.: *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955- 2005)*. Granada, Universidad de Granada y Fundación César Manrique.
- MUMFORD, L. (2012): *La ciudad en la historia*. Logroño, Ed. Pepitas de Calabaza.
- NAREDO, J. M. Y PARRA, F. eds. (2000): *Economía, ecología y sostenibilidad en la sociedad actual*. Madrid, Siglo XXI de España editores.
- OSTROM, E. (2013): *Comprender la diversidad institucional*. Oviedo, KRK ediciones.
- SHANIN, T. (1976): *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- SORIA Y PUIG, A. (1979): *Ildefonso Cerdá: hacia una teoría general de la urbanización*. Madrid, Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y Ediciones Turner.
- TOLEDO, V. M. Y BARRERA-BASSOLS, N. (2008): *La memoria biocultural*, Barcelona, Icaria editorial.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1993): *Política económica local*. Madrid, Ediciones Pirámide.
- VILLARES, R. (2019): *Galicia. Una nación entre dos mundos*. Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente.